

Múltiples feminismos y discursos sobre las maternidades

Cuando Marga me propuso participar en esta mesa de experiencias acepté porque me pareció una excelente oportunidad para repensar como feminista mi experiencia con la maternidad en el contexto actual. Mi acercamiento al tema proviene por un lado de mi experiencia vivida, presente, como madre de una niña de 2 años y por otro, de mi estudio sobre el tema. A continuación os presentaré un recorrido personal, mis encuentros, desencuentros con la maternidad y también cómo los múltiples discursos feministas sobre el tema me han ayudado a pensar y a vivir esta experiencia.

En el año 2007 presenté mi trabajo de diploma de estudios avanzados de tercer ciclo, en la Universidad de Granada, sobre feminismo y maternidad. Me interesaba estudiar la maternidad en las mujeres lesbianas, entendiendo la maternidad como una construcción, como un discurso histórico y social. Para ello realicé una búsqueda bibliográfica sobre los discursos feministas en torno a la maternidad y diseñé pero no realicé entrevistas con mujeres que se autodefinían como lesbianas y que querían ser madres a través de un embarazo. En ese momento de mi vida yo personalmente no quería ser madre ni me pensaba como madre al menos en mucho tiempo. De hecho me preguntaba cómo alguien podía desear estar embarazada, vivir el proceso de la maternidad en su cuerpo y en consecuencia, en la mayoría de mujeres lesbianas, pasar por un proceso de fertilización asistida. Quería entender porque en cambio no optaban por otras prácticas como la adopción, especialmente en el caso de las mujeres lesbianas a quienes el mandato de maternidad obligatoria en principio parecería que a priori no recaería tan fuertemente como en el caso de las mujeres en parejas heterosexuales. Me interesaba estudiar las consecuencias de las representaciones sociales sobre el embarazo en el plano subjetivo, y las prácticas que estas mujeres utilizaban para negociar y transgredir los mandatos sociales.

En ese momento de mi vida me identificaba más bien con las posturas teóricas feministas que buscan desligar la maternidad como eje de identidad de las mujeres y con autoras como Simone de Beauvoir (1949), una de las primeras feministas en señalar la maternidad como atadura para las mujeres ya que anula e

impide su existencia y la trascendencia social. El desafío de demostrar que la naturaleza no fija el destino de las mujeres junto con la lucha por la igualdad social entre mujeres y hombres, especialmente en el mundo laboral considerado fundamental para la liberación, podrían considerarse como los dos grandes ejes del feminismo de la igualdad en la Europa de los 60.

Como he comentado, muchos de los trabajos que podríamos agrupar en este bloque teórico feminista cuestionan el uso de las capacidades biológicas de las mujeres de procrear en la construcción de la identificación de que ser mujer equivale a ser madre. En esta línea de trabajos, destaca el análisis histórico de Elizabeth Badinter (1991) sobre la construcción del instinto maternal, es decir el supuesto amor espontáneo e incondicional que surge de toda mujer hacia sus hijos y que crea además la obligación de ser ante todo madres. El amor maternal y la lactancia son para la autora conceptos que surgen en el s XVIII para por un lado, garantizar la supervivencia de las criaturas, ya que uno de sus objetivos es que las mujeres se dediquen de forma natural al cuidado, y por otro para someter y aislar a las mujeres en la función reproductiva, definida como destino natural e inevitable.

Determinando que las que no manifiesten estas cualidades son sospechosas como mujeres. Se construye así la idea, el mito, de que toda mujer no solo es madre en potencia sino también en deseo y necesidad. La estrategia de utilizar argumentos biológicos no es nada nuevo en la construcción del discurso patriarcal y la maternidad no está exenta de ello. Estas representaciones sobre la maternidad reducen todos los posibles deseos de las mujeres en uno solo: ser madre y además son uniformados en tanto que la maternidad crearía una identidad homogénea para todas las mujeres y también un ideal cultural, tal como explica Silvia Tubert (1996) a lo largo de su obra.

Por otro lado, sumamente importantes son los estudios feministas que explican la utilización del trabajo reproductivo y doméstico, asignados por la división sexual del trabajo a las mujeres, en la construcción del sistema capitalista. Los trabajos de Silvia Federici (2004), entre otros, estudian el papel que ha jugado la devaluación del trabajo doméstico y reproductivo en el capitalismo. El

capitalismo, en tanto sistema económico-social, está necesariamente vinculado con el racismo y el sexismo. Fenómenos que son extremadamente importantes para la acumulación capitalista y que además incluyen: 1) el desarrollo de una nueva división sexual del trabajo que somete el trabajo de las mujeres y la función reproductiva que ellas realizan a la reproducción de la fuerza de trabajo junto con la 2) mecanización del cuerpo proletario y su transformación, en el caso de las mujeres, en una máquina de producción de nuevos trabajadores para el estado y el sistema. De forma complementaria ha sido fundamental la exclusión de las mujeres del trabajo asalariado, reduciéndolas a no-trabajadoras, subordinadas a los hombres.

En este sentido, desde esta mirada feminista la liberación de las mujeres se vinculó por un lado por el rechazo al trabajo doméstico/reproductivo como destino natural y por otro por el acceso al trabajo remunerado. Es por ello que muchas de las reivindicaciones feministas de los 60, como las *welfare mothers* en USA, se movilizaron para exigir al Estado un sueldo por el trabajo de crianza ya que el mismo contribuye a la producción de mano de obra y produce capital, posibilitando cualquier otra forma de producción. El reconocimiento por el trabajo realizado junto con el acceso a su remuneración fueron considerados elementos clave para la trascendencia social de las mujeres (Federici 2013).

La cuestión de la trascendencia social de la maternidad es un aspecto que también Victoria Sau (1995) cuestiona, al postular que la maternidad ha sido fagocitada por la categoría padre y que hay que recuperar la posibilidad de hacer linaje, ya que como está definida por la cultura patriarcal la maternidad es retenida en la capacidad biológica para impedir así la trayectoria de lo individual a lo colectivo, a lo público.

Todas estas reflexiones feministas sobre el tema, en aquel momento de mi vida, me ayudaron a reflexionar sobre mi no deseo de ser madre, de algún modo me otorgaron herramientas para “justificarlo” socialmente ante la reiterada pregunta de ¿para cuándo...? y en particular me permitieron reflexionar mi experiencia con el trabajo doméstico, con la figura de ama de casa y lo que para mí significaba el trabajo remunerado o en mi caso particular/vivencial el ser profesional. Todas

estas cuestiones están vinculadas a mi relación filial con mi madre, con mi abuela y con mis tías, en mi adolescencia.

Entre los recuerdos de mi infancia está Mafalda. Especialmente estas viñetas sobre la Mafalda y su madre.



Recuerdo estar leyéndolas mientras mi madre- que en ese momento estudiaba en la universidad, trabajaba y me criaba junto con mi abuela, estaba hablando con

una de mis titas- quien al igual que mi abuela era y es ama de casa-. Recuerdo percibir que de algún modo al reírme y demostrar que coincidía con la visión de Mafalda sobre el trabajo doméstico, yo había herido la sensibilidad de mi tita ya que cuestionaba su trabajo al mismo tiempo que reforzaba la imagen de *superwoman* que mi madre me transmitía.

Años más tarde, el movimiento feminista me ha permitido reflexionar y valorar el trabajo de cuidado y doméstico al mismo tiempo que cuestionar si el trabajo remunerado tal como hoy se exige, permite o no nuestra liberación.

A lo largo de mi trabajo de investigación y de mi búsqueda bibliográfica sobre la maternidad en las mujeres lesbianas también he leído otras posturas feministas sobre el tema. Estas reflexiones podrían agruparse en lo que se denominaría como feminismo de la diferencia sexual, corriente especialmente fuerte en Italia y Francia. Esta propuesta feminista entiende a la maternidad como fuente de placer, conocimiento y poder de las mujeres que además tiene el potencial de ser una experiencia compartida y por lo tanto de unión entre nosotras. La maternidad es entendida como un aspecto importante en la identidad de las mujeres, como base de su valor social y también como un ímpetu para su empoderamiento y participación política.

Un aspecto fundamental es la recuperación de la relación madre e hija, vinculación escindida, suprimida en el orden simbólico del patriarcado. Autoras como Irigaray (1992), Muraro (1994), Bochetti (1996), Victoria Sau (1995), con distintos matices todas ellas nos hablan de la importancia de recuperar la relación con la madre, su herencia, el orden simbólico, el sistema de representaciones construido entre mujeres para que lo femenino sea capaz de hablar y de ser escuchado/autorizado. Esta recuperación provocaría una reestructuración completa del orden social donde la genealogía femenina y la figura de la madre como primera fuente de autoridad ocuparían un lugar central.

También las reflexiones ecofeministas de los 80, como las de Mies y Vandana (1997), destacan los valores creativos de la maternidad. Reivindican la asociación de las mujeres con la naturaleza y proponen recuperar la energía y la dimensión

espiritual de las mujeres que permite amar y celebrar la vida. La maternidad es definida como el deseo de experimentar el poder vivo, creativo y natural en el interior del cuerpo.

Todas estas reflexiones fueron muy importantes para mí. Especialmente para mi vínculo con mi madre y mi abuela-madre, ya que ayudaron a mejorar mi relación con ellas, a valorarlas y a reconocerlas como fuente de autoridad. También con otras mujeres, de hecho fue por ese tiempo cuando me uní al colectivo feminista tomakandela, en granada.

La revalorización del cuerpo que plantean estas y otras posturas feministas, ha sido fundamental para confrontar el imaginario negativo del cuerpo de las mujeres. Aspecto y pregunta clave en mi trabajo de investigación que he comentado pero también en mi imaginario de maternidad.

Años más tarde, ya por 2010, luego de que mi pareja planteara el tema, decido que me apetece la idea de ser madre, venga que sí. Aunque claro está este deseo se enfrentaba con otros. Pero bien, estaba claro que sí, que quería ser madre pero prefería hacerlo por la vía de la adopción. La idea del embarazo como vía de maternidad no me llamaba mucho la atención. Sin embargo las posibilidades de adoptar eran nulas. Entonces comenzamos a buscarlo de forma “natural”, digamos y nada... al cabo de un año también preguntamos por la posibilidad de adoptar en Argentina, mi país de nacimiento pero tampoco pudimos por requisitos burocráticos.

Comienza la desesperación al ver que no quedaba embarazada...odiar ver tu regla, angustia, llanto, y no saber qué hacer. También desespera la falta de control y ver q lo q te habías planificado, organizado no funciona con tu cuerpo y los ritmos biológicos. En esos momentos ni se me ocurría acceder a las tecnologías de la reproducción asistida. Más bien negaba esa posibilidad. Tenía muy presente los trabajos de Silvia Tubert (1991) sobre la maternidad y la tecnología, especialmente relacionados con la crítica al poder de la medicina, a los ideales de la maternidad y cómo todo ello influye en nuestros cuerpos y en su medicalización.

Sin embargo, estaba triste y luego de pensarlo mucho accedí a examinarme, es decir a poner especialmente mi cuerpo a la mirada médica. Luego de pruebas y pruebas me dijeron q no había/no teníamos ningún problema físico pero que si quería ya podría comenzar a tomar hormonas para estimular la ovulación. Decidí esperar un tiempo más para probar otras terapias unos meses, ya con la “tranquilidad” de saber que podía volver a contar con los tratamientos de reproducción asistida. Fue entonces que comencé/ recomencé con el psicoanálisis y al cabo de 2 meses ya estaba embarazada, claro está no de mi psicólogo!!

Bien, ya embarazada la cosa va bien, estaba muy contenta. Tuve un embarazo genial, sin vomitos, ni nauseas todo muy bien. Hice preparación al parto, natación y yoga para embarazadas, experiencias que disfruté muchísimo. Incluso para la empresa para la que trabajaba mi embarazo fue buenísimo ya que trabajé hasta el último día. La experiencia del parto fue tremenda. Mi pareja estuvo muy bien y también mi madre, ya que sin ella todo hubiese sido más difícil. Me gustó mucho que ella estuviese al inicio del parto conmigo, las dos solas. Luego me acompañó mi pareja. El parto se me hizo interminable y fueron muchas horas. Elegí parir de forma natural en el paritorio de un hospital público, tuve un parto respetado y lleno de fuerza, miedo, pánico y alegría y dolor...mucho dolor, con lo cual es probable q si paso nuevamente por esa experiencia me drogue con algo, creo q seré las de epidural desde el minuto uno....

Después de dar a luz me dolía todo el cuerpo, el coño, las tetas, la espalda, tenía sueño, un hambre voraz...en fin me pasaba de todooo. Fue una experiencia corporal impresionante. Nunca había sentido tanto la presencia de mi cuerpo.

Comencé con la lactancia enseguida. Ese día bien, pero al poco tiempo me dolía muchísimo. Por lo menos los 3 primeros meses me dolía muchísimo cuando mi hija se enganchaba al pecho. Tuve grietas y mastitis, consulté a varias matronas y a otras madres pero no dábamos con la tecla. Busqué información por internet y me encontré con un discurso de la lactancia que se basa en la idea de que es algo natural y fácil y de que si no es así, es que yo estoy haciendo algo mal. Como soy muy cabezona seguí insistiendo, me compre cojines, pezoneras y mil cremas antigrietas, pero el imaginario sobre la lactancia placentera estaba lejos de mi

experiencia. Pero claro, resultaba difícil, al menos para mí, no dar el pecho en un contexto donde la promoción de la lactancia y de sus beneficios es alta. Además está íntimamente vinculado a la idea de buena madre generosa y también era económico y ecológico. Sin embargo, aunque se recomienda dar a demanda, o sea cuando el bebe quiera, yo intentaba hacerla aguantar al menos dos horas y no darle el pecho para calmarla por cualquier otro motivo. Durante mi experiencia con la lactancia sentí más que nunca que mi cuerpo era un campo de batalla. Una batalla que se libraba entre: los discursos de crianza natural y la glorificación de la lactancia, la experiencia de mi madre y las mujeres de su generación, mi experiencia ambivalente entre el dolor de mis tetas y mi deseo de sentir un poder diferente a través de mi cuerpo y buscar activamente el placer y la agencia en esta experiencia.

Con el tiempo, la lactancia fue mejorando y a los 11 meses en un proceso lento y positivo le deje de dar el pecho. Esa decisión fue mía, unilateral, ya que la teta era mía, pues la decisión también. Sin embargo, no confíe en mi misma y busqué nuevamente información sobre el destete en internet. Me encontré con miles de blogs de madres que relatan lo duro de esa fase, alientan a no hacerlo y dar de mamar hasta los 2-3 años o bien que sea una decisión consensuada con las criaturas. Yo no estaba de acuerdo, primero porque mi cuerpo es mío y la decisión es mía, para esto como para abortar y segundo porque no me estaba generando placer ni satisfacción, más bien mucho cansancio. Y porque mi bienestar es también el bienestar de mi hija. Así que decidí respetarme, escuchar y seguir mis deseos y dejé de dar de mamar. En la lactancia como en otros aspectos de la maternidad experimenté la ambivalencia que tan bien explica Adriane Rich (1976). Esta mezcla de resentimiento, dolor, nervios con otros momentos de gratificación y ternura ya que como en cualquier otra relación humana no se puede pretender amar incondicionalmente.

Vinculado con el modelo de la maternidad existe en nuestra época como en todas, un modelo de crianza que también es una construcción cultural e histórica. Hemos pasado de considerar a las criaturas como seres demoníacos a pensar la infancia como un periodo de vida esencial y valioso en donde la opinión de los

expertos es fundamental para garantizar el correcto desarrollo infantil. La maternidad es presentada como un proceso natural y agradable que necesita del asesoramiento de la ciencia. Las mujeres consientes o no estamos influenciadas por este ideal, podemos aceptarlo, negarlo o negociar con él, pero en última instancia nuestras opciones están relacionadas con él.

Hoy por hoy coexisten fundamentalmente dos modelos sobre la crianza: uno, el adultocéntrico, donde el bebé se ha de acoplar al ritmo adulto. Otro, el de crianza con apego, que surge como alternativa y busca respetar los tiempos que marcan los bebés ya que está centrado en sus necesidades. Ambos modelos cuentan con expertos que dicen a las madres y padres qué es lo que tienen que hacer y cómo, con la correspondiente culpabilización de quien no sigue estos consejos.

A pesar de que nuestra realidad es adultocéntrica, el modelo de crianza con apego al menos en lo ideológico está en auge. En nuestro país sus máximos representantes son Carlos Gonzales o Rosa Jove, entre otros, cuyos libros son *best sellers*. En mi círculo más cercano, la gran mayoría de mis amigas comparten su cama con sus criaturas, le han dado el pecho al menos hasta el 1 y medio e intentan retrasar al máximo su ingreso a una guardería, para ello muchas de ellas, las afortunadas que lo tenían, se han pedido excedencias en su trabajo. Incluso una de ellas no le puso el pañal a su hijo por 15 días para favorecer aun más el contacto piel con piel.

Este modelo también es tendencia en Usa. Ya en 1996 la feminista Sharon Hays (1998) estudió los discursos presentes en los manuales estadounidenses de crianza infantil. Concluyo que el discurso que presentan estos manuales, definido como crianza con apego, natural o respetuosa, se caracteriza por situar las necesidades de las criaturas en primer lugar. También por considerar a las madres como las principales responsables de la crianza y a los padres como ayudantes adicionales. En tercer lugar, destacar el profundo compromiso emocional por parte de la madre bajo el supuesto de que esta dedicará su tiempo y energía a atender las necesidades y deseos de sus criaturas en cada estadio del desarrollo lo cual fomentará su autoestima y seguridad emocional. Por último, recomendar métodos educativos basados en la autodisciplina y el razonamiento ya que parten

del supuesto de que los niños son inocentes y puros. Esta autora realizó también entrevistas a madres y observó que a pesar de las diferencias entre ellas, en general las mujeres compartían un conjunto de ideas sobre la buena crianza de hijos, especialmente la importancia de cubrir primero sus necesidades, que corresponde con el discurso presentado en los manuales de crianza. También destacó que las madres se enfrentan con dos imágenes e ideales culturales opuestos, por un lado el de la maternidad intensiva y por otro el de la lógica del mercado en donde la crianza ni los cuidados se tienen en cuenta ya que lo importante es la eficiencia, las ganancias y el capital.

También Elizabeth Badinter (2011) en su último libro habla sobre este conflicto. Para la autora, el retorno a la naturaleza mezclado con el discurso científico que caracteriza el ideal de la maternidad actual plantea una vuelta atrás en los logros de liberación de las mujeres. La autora explica que este ideal exige una maternidad a tiempo completo. Al mismo tiempo nuestras sociedades nos motivan a la realización personal, a satisfacer nuestros deseos, cuestión que se contradice con lo que socialmente se exige a una madre y con la diversidad de aspiraciones que tenemos las mujeres. Estas contradicciones son resueltas por muchas mujeres de muchas formas, Una de ellas es no tener hijos. Estas mujeres se definen como *child-free* ya que asocian la maternidad con la pérdida de libertad, de placer, intimidad e incluso de identidad por tanto deciden no tener hijos. Según datos del CSIC la elección de no tener hijos es cada vez más frecuente, aunque todavía minoritaria, entre las parejas españolas. Entre el 13% y el 14% de las mujeres nacidas en 1965 no tiene hijos, mientras que en la generación anterior, la de 1955, el porcentaje estaba en torno al 10%.

Otra solución es posponer la maternidad hasta los 35 por lo menos y/o teniendo pocos. Este descenso en la natalidad se debe, según Badinter (2011), por un lado por el ideal de maternidad intensiva y por otro por la falta de políticas públicas orientadas a considerar y atender todos los deseos de las mujeres. Los datos parecen confirmarlo. En España según datos del INE en 2012 el número de nacimientos registraba su cuarto año consecutivo de descenso. El número de hijos por mujer fue de 1.32 y la edad media se elevó a los 31.6 años

Es importante destacar la capacidad de elección y la pluralidad de decisiones e intereses entre las mujeres. Por tanto, respeto y entiendo las diversas opciones, entre ellas las que eligen el modelo de crianza con apego. Personalmente considero interesante e importante colocar a los cuidados en el centro, cuestión clave en el modelo de crianza natural. Sin embargo, precisamente por ello me parece fundamental que lo cuestionemos y reflexionemos de forma crítica ya que desde mi opinión algunos aspectos son problemáticos.

Por ejemplo. Considero sospechoso el estatus de madre como única responsable del bienestar material y emocional del bebé. No será esta un nuevo/viejo mandato para nosotras? Yo creo que es un lugar difícilísimo para mí en tanto madre y muy cómodo para ellos, los padres si es que están. Donde quedan ellos en este modelo? Se supone que los padres que eligen este modo de crianza tienen la misión principal, durante el primer año, de sostener y cuidar la diada madre-bebe, pero yo conozco a muy pocos que lo hacen y casualmente sus parejas son feministas. Pero en caso de que los padres tengan un empleo, quien hace estas tareas para que la madre pueda estar 100% con la criatura? Cuál es el rol de otras personas cuidadoras? Cuáles son los roles que se suponen debe desempeñar una pareja homosexual en este modelo de crianza? Por no hablar de las personas trans... Yo creo que es fundamental poder reflexionar si las prácticas de crianza natural además de ser dicotómicas y binarias, son compatibles con la autonomía de las mujeres y con la corresponsabilidad por parte de las parejas

Por otra parte, ante la contradicción cultural entre este modelo de maternidad intensiva de la crianza con apego y las demandas del mercado laboral (lo hemos visto recientemente con la oportunidad que ofrece Apple a sus empleadas de congelar sus óvulos para que sean más productivas) muchas mujeres optan por dedicarse en exclusiva a la crianza. Carolina del Olmo (2013) en su libro donde esta mi tribu explica que este fenómeno coincide en el tiempo con la difusión del modelo de crianza natural. Es por ello que nos preguntamos ¿no será también que interesa que las mujeres vuelvan al hogar? Otra lectura señalada por la autora es que este fenómeno también podría interpretarse como una crítica a las condiciones que exige el mercado laboral.

A mí me ha pasado, al convertirme en madre mi escala de prioridades ha cambiado y mi profesión es importante pero no lo más importante en mi vida. Esta crítica también la he observado en mi tesis doctoral donde estudié a las médicas de familia. En este caso, estas médicas no abandonan su trabajo para dedicarse a la crianza pero sí reconocen que muchas exigencias laborales no imprescindibles para ellas no las hacen debido a las demandas familiares y porque deciden alejarse del modelo de éxito profesional androcéntrico. A través de sus prácticas muchas de ellas subvierten el significado de desarrollo y de éxito profesional, que pasa a ser una cuestión más bien subjetiva y personal que institucional/ profesional.

La crítica al capitalismo y sus efectos está muy presente también en las teorías transfeministas quienes destacan la heteronormatividad y el binarismo sexual como elementos fundamentales del capitalismo. Para enfrentar esta violencia se propone visibilizar la multiplicidad identitaria, es decir los múltiples y diversas personas que también se ven afectados por esta lógica de dominación. En este sentido se destaca la capacidad de agencia de las personas y la importancia del placer. Por último estas propuestas feministas resaltan la importancia de los cuidados y la sostenibilidad de la vida nociones que son incompatibles con la lógica capitalista actual.

Claro que muchas de estas propuestas no son del todo nuevas. Postular el placer y la agencia de la maternidad es una propuesta del feminismo de la diferencia sexual sin embargo, desde los transfeminismos se pretende reformular el placer de la maternidad y desligarlo del cuerpo biológico de las mujeres para reflexionar sobre la función social de la maternidad que puede desempeñar cualquier persona independientemente de su sexo.

Los testimonios de la experiencia de Thomas Beatie, de Oregón.2008 ejemplifican lo que os quiero decir. Para él, el deseo de tener un bebé no es una necesidad únicamente femenina, sino que es parte del ser humano. Por ello decidió junto a su pareja pasar por un proceso de reproducción asistida en donde vivieron experiencias de discriminación tales como el rechazo de algunos profesionales de dirigirse a él como un varón. Thomas se pregunta si la sociedad está preparada

para un marido embarazado y espera que su situación haga a las personas preguntarse qué es para ellos lo normal.

En este sentido son espeluznantes las cifras sobre los requerimientos obligatorios de esterilización a personas transexuales en países europeos publicados recientemente por Transgender Europe. De 50 países europeos, 34 permiten a las personas trans cambiar legalmente su nombre y sexo, sin embargo 21 de ellos exigen la esterilización obligatoria de quienes accedan a este cambio.

Obviamente este es un problema de derechos humanos que incluso puede interpretarse como un delito de lesa humanidad. Pero además resalta la importancia social de la reproducción y la maternidad así como la discriminación de esta experiencia según que cuerpos. En este sentido las maternidades trans son subversivas.

El estudio de la maternidad trans, queer y homosexual ha generado un campo de estudio feminista bastante productivo especialmente en USA y en Canadá. Una de sus representantes, Rachel Epstein (2002) estudia estas familias y concluye que las negociaciones que se realizan en el terreno de la maternidad contribuyen a la deconstrucción del dualismo masculino/femenino para ampliar el rango tanto de las identidades como de la maternidad. La autora indica que mucha de la investigación sobre las madres lesbianas tenía como objetivo demostrar que son tan buenas como las heterosexuales. Sin embargo el foco ha cambiado y los estudios actuales sobre el tema pretenden considerar la diversidad y la potencialidad transgresora de la maternidad lesbiana y trans en la desnaturalización y transformación de los discursos sobre lo maternal y lo identitario.

La maternidad empoderada es cualquier práctica maternal que busca desafiar y modificar aspectos de la maternidad como institución patriarcal opresiva. Para ello es fundamental recuperar la maternidad como experiencia, definida por Adriane Rich (1976), como el potencial de relacionarse con la capacidad de reproducción.

En la actualidad existen multitud de experiencias que postulan la maternidad como práctica subversiva y por tanto destacan la capacidad de agencia, el empoderamiento y el placer que la misma implica. Por nombrar algún ejemplo, la activista transfeminista María Llopis (En: <http://mariallopidesnuda.com/category/maternidades-subversivas/>) en su proyecto de libro y documental sobre la maternidad subversiva define la maternidad como una experiencia sexual, vital y emocional con alto potencial subversivo destacando que esta experiencia no está vinculada a ser biomujer.

Desde mi vivencia, como madre feminista, en este como en cualquier otro ámbito de mi vida pretendo subvertir y reformular los mandatos patriarcales. Como lo personal es político, entiendo a la maternidad como una práctica política con capacidad para revolucionar la institución de la maternidad, de la familia y porque no, de la sociedad entera. Pero también como una vivencia de aprendizaje y un proceso revelador de mí misma. Considero que mi conciencia feminista sin duda enriquece y beneficia mi experiencia de maternidad, la relación y las negociaciones con mi pareja, entre otros aspectos de mi vida. Por eso disfruto cuando me voy de vacaciones de chicas con mis amigas. Me gusta irme sola pero también, de vez en cuando, llevarme a mi hija. Disfruto cuidarnos entre nosotras, escucharnos e imaginar las preguntas que otras personas desearían hacernos cuando nos ven. Pregunta que básicamente es una: ¿quién será la madre de esa criatura?. ¿Esa, aquellas dos, esas otras?

Por otra parte, en esta experiencia con la maternidad me resulta fundamental reconocer la ambivalencia que la maternidad me provoca, reflexionarme a mi misma en esta práctica, escuchar mis necesidades y negociarlas con otras personas. De esta forma, la maternidad me da la oportunidad de crecer como persona. A cambio espero como mamá feminista poder transmitirle a mi hija herramientas para que pueda defenderse, organizarse, luchar y amar, y todos los verbos que quiera, desde otros paradigmas. Esa es mi máxima preocupación en cuanto a lo educativo.

Para ir cerrando y a modo de conclusiones:

Considero que la maternidad nos lleva a hablar de los cuidados. Cuando vi a mi hija recién nacida experimente como nunca antes el sentimiento de que éramos, fundamentalmente su padre y yo, las personas responsables de su cuidado y supervivencia. La maternidad nos ayuda a reflexionar que dependemos de otras personas y sobre todo a pensar cómo gestionar esta tarea en una sociedad donde las prioridades son otras. Definirme y nombrarme como madre, entre otras funciones, implica reconocer mi compromiso con mi hija y valorar esta experiencia relacional que ahora tengo con otra persona así como lo han hecho antes mi madre y mi abuela.

Por último, creo que es fundamental resaltar la riqueza en la reflexión feminista sobre la maternidad. Lo hemos disfrutado a lo largo de todo el día. Este debate es signo de vitalidad en el movimiento feminista y resalta la imposibilidad de repensar lo maternal desde el mito, la naturaleza, y la ahistoricidad. Como indica Patrice DiQuinzio (1999) la teoría feminista debería abandonar el objetivo de descubrir una descripción unitaria de la maternidad. Propongo en ese sentido destacar y valorar nuestra multiplicidad.

Referencias Bibliográficas

Badinter, Elizabeth. ¿Existe el instinto maternal? Historia del amor maternal siglos XVII al XX. Barcelona: Paidós; 1991.

Badinter, Elizabeth. La mujer y la madre. Un libro polémico sobre la maternidad como nueva forma de esclavitud. Madrid: La esfera de los libros; 2011.

De Beauvoir, Simone. El segundo sexo. Madrid: Cátedra; 2005 [1949]

Del Olmo, Carolina. ¿Dónde está mi tribu?. Madrid: Clave Intelectual; 2013.

DiQuinzio, Patrice. The impossibility of motherhood : feminism, individualism, and the problem of mothering. Nueva York: Routledge; 1999.

Epstein, Rachel. Butches with babies. *Journal of Lesbian Studies* 2002; 6 (2): 41-57.

Federici, Silvia. Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria. Madrid: Traficantes de Sueños; 2004.

Federici, Silvia. Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas. Madrid: Traficantes de Sueños; 2013.

Hays, Sharon. Las contradicciones culturales de la maternidad. Barcelona: Paidós; 1998.

Irigaray, Luce. Yo, tú, nosotras. Madrid: Cátedra; 1992.

Mies, Maria. Vandana, Shiva. Ecofeminismo. Teoría, crítica y perspectivas. Barcelona: Icaria; 1997.

Muraro, Luisa. El orden simbólico de la madre. Madrid: Horas y Horas; 1994.
Bocchetti, Alessandra. Lo que quiere una mujer. Historia, política, teoría. Escritos, 1981-1995. Madrid: Cátedra; 1996.

Rich, Adrienne. Nacida de mujer. La crisis de la maternidad como institución y como experiencia. Barcelona: Noguer; 1976.

Sau, Victoria. El vacío de la maternidad. Madre no hay más que ninguna. Barcelona: Icaria; 1995.

Transgender Europe. Trans Rights Europe Map & Index 2014. En: http://www.tgeu.org/trans_rights_europe_map

Tubert, Silvia (ed) Figuras de la madre. Madrid: Cátedra; 1996.